

EL TEATRO DE LOS ACONTECIMIENTOS

LOS TRILLINGS

UNA SOLA OPORTUNIDAD tuve de hablar con ellos. Jack y Susan Thompson los invitaron a comer junto con Celia y conmigo, para que nos conociéramos y cambiáramos impresiones sobre todo lo habido y por haber. La comida fue en el Colony Restaurant, de Nueva York, que en esa época se hallaba a la altura de los mejores templos gastronómicos del planeta. Hacía poco tiempo del asesinato de John F. Kennedy, a quien Celia y yo habíamos visitado en Washington la antevíspera del drama, y la conversación giró alrededor del escandaloso asunto. Lionel Trilling contó que Jacqueline Kennedy le había enviado una carta, larga, personal y manuscrita, a fin de agradecerle algún comentario periodístico alusivo publicado por él:

—Me encontraba a la sazón fuera del país. Pero Diana me avisó al llegar la carta, y de inmediato regresé para leerla y contestarla. ¿Qué cosa podía yo hacer tras de recibir tan extraordinario mensaje... de esa muchacha, de esa niña...?

Ya no supe, años más tarde, si la boda de Jacqueline con Onassis y otras aventuras por el estilo habían opacado, en la mente de Trilling, aquella idea de Jackie, imagen que todavía en 1964 resultaba natural y ciertamente conmovedora. En todo caso, era simpática, por espontánea y fina, la cálida elocuencia de nuestro comensal.

En un momento dado, me preguntó si me interesaba la poesía de W.B. Yeats; y como leyendo en el aire mi respuesta, comentó sin aguardarla:

—*El viaje a Bizancio*, creo yo, simboliza el predicamento del artista de nuestra época. Para crear, para seguir existiendo como persona sensible, es necesario apartarse del borbotón de la naturaleza y de la historia... Francamente, cada vez voy comprendiendo menos a las nuevas generaciones. Freud se quejaba riéndose de no saber lo que la mujer quería. Yo, sin rirme, ya no sé lo que quieren los jóvenes...

Después de la comida, fuimos todos los presentes a una extraña reunión de jueces (jueces de verdad; no es licencia poética) a la que Lionel había prometido

asistir. Dichos magistrados —nos explicó— eran miembros del Partido Liberal de Nueva York, corporación política que no dejaba de tener importancia en el ámbito local. Pero en la reunión no se tocaron, que yo recuerde, temas políticos. Uno de los comparecientes defendió la legalidad de los procesos de Nuremberg, y otro los tachó de contrarios a normas jurídicas universales. Polémica que no empezó ni terminó allí, y que tal vez no concluya nunca.

Por fin nos despedimos de aquella gente. Un último juez, menos viejo que los demás, nos alcanzó en el anticuado ascensor, deteniendo la puerta con el brazo.

—It is not the gravity of what I have to tell you... —anunció su ronca voz.

Lionel Trilling no le permitió continuar.

—No, but the levity —replicó sonriente; y con la mayor y más definitiva calma cerró la puerta del ascensor.

Me habría gustado volverlos a ver. La erudición de Lionel era humana y graciosa, y Diana tampoco carecía de chispa. Mucho lamenté que ella y Lillian Hellman hubieran reñido, decenios después, por chismes ideológicos incomprensibles. No hay demasiadas personas inteligentes sobre la tierra, y es de lamentarse que tengan que vivir a la greña en todas partes.

LIBRERÍAS DE VIEJO

No cesa de causarme tristeza que hayan ido disminuyendo, hasta casi desaparecer en el planeta entero, las librerías de viejo (o de lance, como antes se decía), privando a los bibliómanos del placer de las adquisiciones inesperadas, y dejando a los lectores con pocos recursos sin la posibilidad de obtener apreciable y barato material de lectura. Ya en los años treinta un inglés se lamentaba de las diversas iniquidades que empezaban a enturbiar el mercado de libros de segunda mano: precios desproporcionados a la calidad de la edición; esnobismo de muchos consumidores; excesivo mercantilismo en muchas operaciones... ¿Qué diría hoy al contar los miles de dólares o libras esterlinas que se pagan por insignificantes rarezas, sólo porque son raras? ¿O al comprobar la falta de escrúpulos con que las grandes subastadoras transnacionales saquean el patrimonio bibliográfico de los países más necesitados?

Con gran nostalgia recuerdo mis tempranas experiencias, al iniciarse los años cuarenta, en el mundo

Los que ocupan estas páginas son capítulos del libro *El teatro de los acontecimientos: Álbum de coloquios, encuentros y figuras*, que aparecerá en coedición de El Colegio Nacional y Editorial Era.

de las librerías de viejo. Había una, a espaldas de Catedral, en la calle de Guatemala, que contribuyó como ninguna otra a la fundación virtual de mi biblioteca. Estaba instalada en un zaguán, y se prolongaba en una especie de bodega interior a la cual, por señalado privilegio, se me permitía entrar siempre que me daba la gana. Su dueño, un señor de permanente sombrero y mirada fija por detrás de los anteojos, se llamaba don Juan Álvarez, y su endiablado carácter no le impedía apiadarse de aquellos jóvenes estudiantes capaces de mostrar cierta curiosidad de buena ley respecto a su mercancía.

Más de una década seguí visitando el expendio de don Juan. Hasta que me molestó una jugada suya no muy leal. Resulta que una mañana me pasé horas en su bodeguita, hurgando en desaliñados estantes y llenándome de polvo. Eso, claro, fue lo de menos, porque las varias horas de búsqueda empeñosa reditaron un puñado de menudas joyas: diez o doce libros mexicanos del siglo diecinueve nada fáciles de conseguir en esos tiempos. Pero como el precio del lote, aunque modesto, excedía lo que llevaba en los bolsillos, le pedí que me apartara los libros para recogerlos (y pagarlos) al día siguiente. Y allí ardió Troya. Pese a que el señor Álvarez había accedido, sin chistar, a esperarme, cuando regresé a concluir el negocio, los libros se habían esfumado, y el taimado librero ni siquiera se molestó en urdir una explicación. "Sepa Dios adónde habrán volado", me dijo encogiéndose de hombros. Y tan tranquilo, se puso a leer una revista. Alguien me aclaró que el hijo de don Juan, secretario de un juzgado vecino y mejor conocedor de libros que su padre, había llegado al expendio como todos los días después de su trabajo, y, sin atender razones, se había apoderado de los diez o doce tomos (que técnica y moralmente ya eran míos) a fin de venderlos a óptimo precio, harto superior no sólo al convenido, sino a cuanto yo hubiera podido pagar por ellos. Tamaño desaire me hizo rabiarse, y no volví a poner los pies en el feudo de los Álvarez.

Cosa que no debió de haber importado para nada ni al padre ni al hijo. Cuando lustros más tarde se me ocurrió asomarme al zaguán, don Juan estaba sentado sobre el mostrador, con su impostergable sombrero y sus gafas de costumbre. No me reconoció, y mucho menos quiso admitirme en la bodega. El rompimiento se tornó definitivo.

En la Avenida Hidalgo, cerca de la Alameda Central, laboraban otras conspicuas librerías de viejo. Había una llamada *Otelo*, donde se encontraban cosas apetecibles; con todo, los vendedores eran unos mercachifles de arrogante malhumor. La de mayor interés era, sin duda, la de Andrés Zaplana, locuaz, generoso comerciante que disfrutaba la charla con sus clientes sobre cualesquier aspectos de la cultura, librería o no. Zaplana se hizo luego, transportado a distintos rumbos de la ciudad, de justo renombre en el mercado de lance. Pero en la época en que lo conocí cumplía una misión que me parecía insuperable: la de dotarnos en tiempos difíciles, a mí y a unos cuantos amigos sin plata, de libros de autores europeos contemporáneos. Así leímos a Rilke, a Giraudoux, a Eluard, a

Cocteau, y aun a tan insólitos poetas como O.W. de Lubicz Milosz; a todos en flamantes ediciones originales de Gallimard y Grasset, que don Andrés logra rescatar para nosotros, no sé cómo ni dónde, no obstante la penuria bibliográfica asestada a Francia por la guerra y la ocupación.

A un costado del ex templo de San Agustín —que por largos años alojó a la Biblioteca Nacional— descubrí una tercera librería de viejo, que tenía la enorme ventaja de hallarse siempre desierta. No sé por qué motivo fue a dar allí una buena parte de los libros que habían sido propiedad de José D. Frías (el "Vate Frías", trágicamente muerto en 1936: poeta secundón, pero comienzudo viajero por Europa y gran amigo de sus mejores prójimos). Entre ellos encontré una rarísima primera edición de Laforgue, una colección de antiguas revistas de arte, y una docena de volúmenes, nacionales y franceses, dedicados al malogrado vate por sus respectivos autores.

Mi búsqueda de libros viejos no se redujo, en su momento, al territorio patrio. Pero las limitaciones económicas con que solía viajar al extranjero me impedían, por lo general, adquirir ejemplares de significación mayor. Recuerdo, sin embargo, haber recorrido en Nueva York, desde mi primera visita a Manhattan, las pequeñas librerías de la Cuarta Avenida (prolongación desigual de Park Avenue), y en visitas posteriores haber explorado con algún provecho las estanterías bellamente desordenadas del Gotham's Book Mart, en la parte central de la ciudad. En Los Angeles me hice de un curioso Dickens y del William Blake de la Nonesuch Press. Pero en París, en donde viví más de un año como estudiante (becado por el gobierno francés), sólo compré, a orillas del Sena, una docena de libros rutinarios, muy a pesar de haber morado, por espacio de tres meses, entre los tesoros bibliográficos de la rue Bonaparte y la rue Jacob. Y es que el dinero de la beca escasamente me alcanzaba para sobrevivir; y los parcos ahorros que llevaba me consumí viajando por el Mediterráneo y asomándome al Brasil antes del regreso a México.

Londres, metrópoli tradicional de los libreros anticuarios, me ha deparado en mis varias visitas muy gratas adquisiciones. Aun así, recuerdo con más intensidad los libros que he dejado escapar, siempre por razones financieras, que los dichosamente obtenidos. En Dawson's of Pall Mall conquisté, a fines de los sesentas, el maravilloso *Dictionnaire mytho-hermétique*, de Dom Pernéty, en la edición original de 1758. Semejante título, uno de los más consultados por Gérard de Nerval, todavía no consigue hacerme olvidar el *Petit Albert* (repertorio mágico atribuido a San Alberto Magno y multicitado por Julio Cortázar), asimismo en edición dieciochesca, que dejé ir porque los dignos libreros de Dawson's rehusaron mis cheques de viajero. ¿Y qué decir de aquellas obras completas de Joseph Conrad, y de los cinco tomos de las de Yeats (en la temprana edición irlandesa de Coole), hoy inencontrables, que a fines de los cincuenta abandoné a su mejor suerte en el mostrador de Hatchards, en Piccadilly, por faltarme en esa época las cien libras que ambos regios conjuntos me hubieran costado?

Curioso: Durante los tres años que viví en Atenas, apenas si me asomé dos o tres veces a sus librerías de viejo. Quizá influyó en mí la noticia que me dio una noche en mi casa Giorgos Katsimbalis (mejor conocido como "El Coloso de Maroussi") de que había transformado la prestigiada biblioteca de su residencia en gran cueva para almacenar buenos vinos. Yo no tenía entonces un cuarto especial para alojar mis libros, y no me fue posible por tanto convertir tal espacio en enoteca. Pero la confesión del hedonista Coloso, bibliógrafo extraordinario de la moderna literatura helénica, me enseñó acaso un orden de prioridades más humano que el dictado por las convenciones académicas. Quizá...

NOCHE DE GALA EN LA HABANA, 1975

El escenario es la Embajada de México, de manteles largos por la visita presidencial que tiene en efervescencia a toda Cuba. En un rincón, Fidel discute, no sin ardor pero de buena manera, con algunos intelectuales mexicanos. Intervienen un pintor, un sociólogo, periodistas, un par de maestros universitarios.

Otros, en el rincón opuesto, nos mantenemos fuera de la discusión. "Míralos, qué pedantes", apunta Juan Rulfo en característico murmullo de inconformidad. Pepe Revueltas no dice nada y apura hosco, a menudos tragos, un vasito de ron.

De camino al hotel (el mismo antiguo Hilton, hoy apodado Habana Libre), en el amplio autobús que nos conduce, me siento junto a Revueltas para preguntarle:

—Díme, Pepe, ¿por qué estuviste tan callado hace rato?

José Revueltas, mesándose las barbas orientales que se ha dejado crecer, se queda pensando con muda profundidad por espacio de unos minutos, y luego me dice de un tirón, ronca su voz por la fatiga:

—Por una parte, creo como Rulfo que es una solemne pedantería ponerse a debatir con el comandante Castro, en una reunión social, sobre temas de estética o filosofía. Y por otra parte, ¿qué quieres que yo le hubiera dicho? Si me pongo a discutirle esto o lo otro, él me habría respondido probablemente: "No, pero es que las relaciones de producción..." Y a mí las relaciones de producción me importan una chingada. Me importan las relaciones humanas...

EL GENERAL

Casi al mediodía de una hermosa jornada otoñal de 1960, a pocos meses de nuestro matrimonio, Celia me habló por teléfono a la oficina, para avisarme, lisa y llana, que "los Cárdenas" habían aceptado almorzar con nosotros, ese mismo día y en nuestra propia casa. Los Cárdenas eran nadie menos que el general don Lázaro y su esposa; y la razón de la súbita honra que así se nos dispensaba era tan sencilla y sorprendente como su anuncio telefónico.

—Resulta —explicó mi esposa— que se me ocurrió invitarlos a charlar un rato, y doña Amalia me dijo que podían venir hoy mismo.

La cabeza empezó a darme vueltas en una ininteligible suma de optimismo y preocupación. A tal grado me desconcerté que, imposibilitado de seguir trabajando, me eché a la calle a caminar sin rumbo, en busca de alguien que me permitiera hacerlo partícipe de mi conmoción deshilvanada. Caminé sobre nubes, en línea recta desde la Avenida Madero, hasta llegar a la Librería Francesa, entonces ubicada en la esquina del Paseo de la Reforma con Bucareli y a cargo de la siempre hospitalaria y comprensiva Huguette Balzola. Suspirando de alivio al verla serena, le pedí apoyo moral y una taza de té. Me obsequió diligente lo segundo, pero en cuanto a lo primero se limitó a darme, sin un gesto de asombro:

—Bueno, ¿y qué? Me parece del todo normal, pues que el general es amigo tuyo. ¿O no?

Huguette me dejó, con estas palabras, más perplejo que antes de oírlas. ¿Amigo? ¿Era yo amigo de Lázaro Cárdenas, del ex Presidente de la República, héroe legendario, caudillo histórico y aún influyente político; del autor de la sonadísima expropiación petrolera en los años treinta; del mito viviente que iba a comer en mi casa dentro de unos minutos? Por cierto, no nos desconocíamos. Había yo cambiado monosílabos con él, en casa del doctor Chávez, padre de Celia, y le había hecho llegar cuantos números de *El Espectador* contuvieran algo que pudiese interesarle. También era verdad que El General (por antonomasia), "Presidente de América", como lo había aclamado Neruda, había asistido a mi boda, brillando en ella. Huguette lo recordaba, sin duda, bailarín magistral de bolero entre los demás invitados. Pero ni siquiera en aquellos festivos momentos se me habría ocurrido llamarlo mi amigo. Mito, sí, o prócer, hito de la nacionalidad o lo que fuera; pero no, por lejanía en todos sentidos, uno más entre mis amigos cotidianos.

Sin embargo de lo cual, llegó como amigo a la cita, sin ceremonia ni séquito ni placas oficiales en su automóvil. Solos él y doña Amalia. A la hora justa convenida. Como el margen de tiempo había sido escaso y mi casa era pequeña, no habíamos logrado invitar para acompañarnos sino a tres ex codirectores de *El Espectador*: Carlos Fuentes, Víctor Flores Olea y Enrique González Pedrero (con Julieta Campos, su esposa). Todos juntos recibimos, informales, al huésped de honor. Al cabo de los aperitivos, el general comió y bebió sobriamente, y bromeó, también parco, durante la comida entera. Apenas si, tras de aceptar el café y un licor "algo dulcecito" como digestivo, al epílogo de aquel modesto convivio nos retiramos los presentes (salvo las señoras, ya que en esto el general nunca abandonó el prejuicio provinciano) a dialogar tranquilos sobre política. Me impresionó su rostro juvenil, y su hablar presto y donoso. Y a todos nos encantó, puesto que para bien o para mal formábamos parte de ellas, su fe y esperanza en las nuevas generaciones de mexicanos.

Nunca fui un beato del cardenismo. Ni siquiera, en rigor, fui cardenista, por desconfianza de tantas segundas figuras, no precisamente ejemplares, incorporadas al cortejo del general. Pero tuve siempre a

ЛУЧШИХ СОСОК  
НЕ БЫЛО И НЕТ



ГОТОВ СОСАТЬ ДО СТАРЫХ ЛЕТ  
ПРОДАЮТСЯ ВЕЗДЕ

Mayakovski y Rodchenko: Cartel publicitario

Cárdenas mismo, no obstante los errores que hubiera podido cometer durante su período presidencial, no obstante peculiares limitaciones que él era el primero en reconocer, por uno de los más fascinantes personajes en la historia moderna de México. Hombre sin cultura, daba instintivas lecciones de humanidad a quienes lo aventajaban en erudición o práctica libresca; y aun cambió el rumbo cultural del país al acoger, sólo porque se lo dictaba su personal generosidad, a inteligentes refugiados y perseguidos de todo el mundo.

Por otra parte, *rara avis* en nuestra cultura política, tan proclive al endiosamiento del "Señor Presidente" en turno, Cárdenas tuvo a lo largo de su ejercicio presidencial la virtud, que compensaba no pocos de sus defectos, de asumir gallardo, lógico y congruente la plena responsabilidad de sus actos. Una multitud de publicaciones, de varia índole, de importancia y valor desiguales, le reprochaban —con o sin razón— sus procedimientos, sus ideas, sus proyectos; los llamados "teatros frívolos" lo hacían blanco primordial de juguetones comentarios; los dibujantes lo caricaturizaban sin temor. Cárdenas toleraba la diversa inconformidad de sus opositores, y el pueblo le recompensaba su apertura con espontánea simpatía. ¿Cómo olvidar aquella tumultuosa respuesta popular ante la expropiación petrolera, cuando la gente más humilde remitía al Presidente sus menguados ahorros, sus gallinas, sus mazorcas de maíz y sus borregos, para ayudar a pagar la indemnización señalada a las compañías reclamantes? Acaso sea que las circunstancias del poder han cambiado y ya no propician tan críticos

desahogos; acaso haya crecido la vulnerabilidad potencial de nuestros sucesivos gobernantes frente a los embates imperiales del exterior; el hecho es que no se han repetido entre nosotros —no al menos en idéntico grado— la feraz y feroz libertad ni la coherencia notable de aquel sexenio, con todo y sus dramáticos incidentes.

Al asumir Cárdenas la magistratura suprema del país, yo tenía diez años. Mi corta edad y las obvias prevenciones ideológicas que impartía el ambiente en que me educaba impidieronme, durante su mandato, cualquier suerte de acercamiento al meollo de su obra social. Y aun veinte años después, seguía yo inseguro de gozar de la perspectiva suficiente para juzgarla. Entiendo, sin embargo, que la huella que dejó en mí su trato personal ha sido hasta hoy indeleble. Y no porque me haya transmitido brillantísimas frases o secretos de honda trascendencia, sino porque con sus observaciones más casuales y pragmáticas me hizo comprender menos imperfectamente nuestro pasado inmediato y los magnos embrollos de nuestro presente.

Como *Elder Statesman*, se mantuvo a visible distancia de sus diversos sucesores, con las excepciones y modalidades que estos mismos en cada caso se dignaron acordar. Ávila Camacho lo puso al frente de la Secretaría de la Defensa Nacional, cuando México rompió las hostilidades contra el Eje nazifascista; Alemán lo designó vocal ejecutivo de la Comisión del Tepalcatepec; y también fue vocal ejecutivo, pero de la Comisión del Río Balsas, bajo la férula de López Mateos... Como quiera, su carácter inquieto no le permitió un retiro absoluto de la cosa pública, si bien tampoco violó la ley no escrita que decretaba la indivisibilidad del poder; ley que el mismo general Lázaro Cárdenas había consolidado inequívoca y definitivamente al infligir un espectacular destierro al general Plutarco Elías Calles, quien ambicionó soslayarla en propio beneficio proclamándose Jefe Máximo fuera de los plazos legales que limitaban su gestión. El concienzudo acatamiento de la disciplina y del orden jerárquico era, por lo visto, el único rasgo de carácter que denunciaba la formación soldadesca de don Lázaro.

Nunca le oí hablar de literatura o filosofía. Era hombre de campo y, como buen campesino, sabía cultivar la tierra y lo terrestre con sentido común y afán de práctica justiciera, si no con los libros en la mano. Pero en su rusticidad había elegancia incuestionable y perenne cortesía. A un pintor que, por ingenuo deseo de halagar, se atrevió a fijarlo en el lienzo saludando con el puño cerrado en alto, lo corrigió sin tardanza:

—Lo del puño no me importa, pero al pueblo se le saluda con la mano derecha y no con la izquierda.

Y tampoco le agradaba vestirse al desgaire en sus expediciones agrarias de trabajo.

—La gente —decía— espera de sus autoridades que vaya uno bien arropado. Y puesto que uno vive en la ciudad y de ahí llega, ha de seguir la costumbre y los modales de la ciudad. Si los campesinos no visten mejor es porque no les bastan sus medios de subsistencia. Lo primero es comer y educar a los hijos.

Lo cual no le prohibía, claro, andar cómodo ni adaptarse a las condiciones del lugar, compartiendo la sencillez de sus dones. Al cabo no es lo mismo pasear por la Alameda capitalina que atravesar bajo el testarudo rayo del sol llanuras y sembradíos. Y no hay desdoro en entrarle sin cubiertos intermediarios a las tortillas recién hechas, con barbacoa de campestre lujoso y salsa dominguera.

Era hombre del campo, sí, pero de muy amplias e internacionales ideas en materia de responsabilidad histórica y geopolítica.

—En Venezuela —le conté a raíz de un viaje mío a la América del Sur— nadie se atreve a proponer una reforma agraria como la nuestra.

—Y tienen razón —me contestó—. Lo que allá se necesitaría, por principio de cuentas, es una reforma agrícola. Han abusado de la petrolización.

Pero algo pecaba el general de escasa discriminación o de provinciana falta de malicia. Igual aceptaba un "Premio Stalin" que otorgaba asilo a un Trotsky condenado a muerte por los estalinistas. De hecho, esa grave incoherencia en una vida de tal manera gobernada por la lógica y la ética social fue uno de los temas que jamás osé mencionar en su presencia, aunque no dejaba de escamarme. Tan ganoso se mostraba de probar su desapego al sectarismo, y su deseo de aprovechar en el combate por sus ideales a cuantas fuerzas juzgaba disponibles, que terminaba prohijando por igual las sectas y los propósitos más disímiles, sin ahuyentar demasiado la demagogia y el oportunismo ajenos.

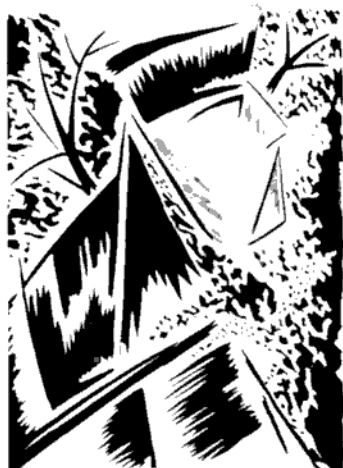
En todo caso, este General —por— antonomasia era el menos militar de los muchos generales que en ambos lados del Atlántico he conocido. Su voz, aunque firme, resonaba comedida, suave; persuadía por la entonación y la seguridad en los argumentos, más

que por el imperio locuaz o la autoridad formalista.

Dato curioso: sí alcancé a considerarlo un amigo. A partir del día en que compartí mi mesa se desenvolvió entre los dos —o así quise verlo yo— una especie de vínculo distante. Ya no recuerdo el no muy crecido número de veces que conversamos; pero eso no importa, pues ambos lo hicimos invariablemente con la franqueza y el calor que se reservan a "las afinidades electivas".

En cuatro o cinco ocasiones —por iniciativa propia o porque él me llamaba— lo fui a ver a su oficina, en los bajos de su casa. Para llegar ahí se atravesaba un largo patio, vigilado por unos cuantos soldados (la inevitable guardia de todo ex Presidente, sea militar o civil). Y en la antesala se advertía un letrado que supplicaba "no fumar delante del General". Súplica que mi afición compulsiva de entonces a quemar la pipa sin cesar, máxime cuando estaba nervioso, me obligó casi siempre a infringir, no sin la previa autorización benévola del General, quien agasajaba a sus visitantes, aun a los que como yo se portaban mal fumando en su presencia, con higiénicos jugos de fruta. Pero tal benigna prohibición no regía en los altos de su casa, allí donde doña Amalia recibía a sus huéspedes con los normales agasajos mundanos y nadie se privaba de tabaco y vino, si los apetecía.

Cuando falleció Lázaro Cárdenas, sentí su muerte en proporción inversa a la asiduidad de nuestros reales encuentros. Y aunque, a los pies de su ataúd, presenté mis condolencias a su viuda y su hijo, me abstuve de acudir al homenaje protocolar en el Monumento a la Revolución, que por decreto superior le sirvió de túmulo. Porque yo no debía al legendario General los gestos rituales del prosélito, sino el llano dolor del amigo verdadero.



N. Goncharova: Retrato de Myasin:



L. Popova: vestuario